

1167

## **La insurgencia adolescente**

Angel Rama

Carnets de l'enfance  
Assignment Children

Extrait du N° 21, janvier-mars 1973  
Reprint from No. 21, Jan.-March 1973

Fonds des Nations Unies pour l'enfance  
United Nations Children's Fund  
UNICEF

## **La insurgencia adolescente**

Angel Rama

---

# La insurgencia adolescente

Angel Rama

Escritor

Del mismo modo que la ciencia y la tecnología modernas han prolongado la vida del hombre, es decir, lo han envejecido, del mismo modo, en una operación inversa y simétrica, han acortado el período larval anterior a su ingreso a la vida social, ese período en que va formándose bajo el amparo de la familia y de la escuela que le hacen las veces de capullo, o sea que lo han rejuvenecido en tanto ente social.

Debemos a las nuevas formas de comunicación, de esparcimiento, de preparación intelectual, de urbanización, de circuitos de trabajo, de costumbres sociales, y por lo tanto debemos a la estructura general de la sociedad contemporánea sobre la que se asientan y de la que emanan aquellas novedades, la incorporación de los jóvenes a las actividades humanas a edades cada vez más tempranas, aunque eso se produzca a través de un desencuentro y hasta de una contradicción con el plano de derechos y obligaciones que signa la existencia de todo ser social.

Se diría, si nos atuviéramos a los usos tradicionales en la materia, que en ese segundo parto de la vida humana que es el ingreso plano del ser humano al conjunto social desprendiéndose de los resguardos placentarios de la familia, presenciamos un creciente aumento de los nacimientos prematuros. Tantos, que ya no son la excepción: han devenido la norma de nuestro tiempo.

En todos los órdenes de la relación del joven con la vida social asistimos a un retroceso generalizado de fechas, las cuales se acortan velozmente. Si aquellos países que fijaban en 21 años la edad considerada apta para elegir a los gobernantes han retrocedido ya en tres años reduciéndola a los 18, es posible pensar que los otros que la tenían fijada en esa edad puedan verse compelidos a revisarla bajo el imperio de esta ola retrocediente que deja al descubierto, como

parte del cuerpo social actuante y resolutivo, a criaturas cada vez más adolescentes.

Dentro de los conflictos sociales de nuestra época, los últimos años permitieron ver el ingreso a las demandas, a las protestas, a la agitación y en ocasiones al combate franco, de los estudiantes de niveles secundarios, o sea aquellos que corresponden a la edad púber, entre doce y dieciseis años. Ellos sustituyeron en muchos lados a sus hermanos mayores, los estudiantes de Universidades, en una acción de protesta que resultó más impulsiva, más inexperta y a veces más trágica, que las conocidas a cargo de jóvenes.

De hecho estos adolescentes venían siendo, desde tiempo atrás, protagonistas de algunas zonas originales de la vida pública como el mundo del espectáculo, donde formaron el grueso público de las tendencias musicales novadoras de los años sesenta.

En este caso los adultos vieron con simpatía y con cierta retrospectiva nostalgia la incorporación masiva de los adolescentes —que universalmente han llegado a llamarse por su designación norteamericana, los *teen-agers*— a la platea de los teatros cuando no a la farándula misma, entendiendo que se trataba de una forma de esparcimiento teñida por los caracteres estilísticos novedosos de la sociedad contemporánea: los padres también entonaron *Help* y corearon a los *Beatles* al compás de sus hijos, en un primer paso hacia esa insólita *educación de papá* que comenzó a abrirse camino modificando seculares principios de precedencias cronológicas.

Del teatro a la plaza pública prácticamente no hay distancia. No se habían eclipsado Elvis Presley ni John Lennon, cuando ya los adolescentes que habían salido de sus casas para aplaudirlos, en exclusiva función de espectadores, participaban de marchas, huelgas, protestas, reclamaciones, deviniendo ahora los decididos protagonistas del hecho social.

Como en la vieja tragedia griega, pasaron del coro al escenario —eterna ambición— ocupando el puesto del primer luchador (agonista) sobre un escenario que resultó coincidente con la ciudad toda. Por estas y otras razones comienza a haber ciudades en América Latina que como Rio de Janeiro parecen el patrimonio de los jóvenes y de los adolescentes.

La órbita de actividad de éstos se ampliaba y, fueran o no conscientes de ello, crecía también el margen de responsabilidad que les

incumbía y que el resto de la sociedad podía reclamarles. Esa ampliación de su campo de acción y por ende de su responsabilidad social, resultó fortalecida por una sutil modificación que venía experimentando la educación contemporánea y cuyos efectos no siempre fueron previstos por los planificadores educativos : las cada vez más complejas necesidades de conocimiento, las demandas de servicios de una sociedad en desarrollo, el adiestramiento temprano de las vocaciones atendiendo a las inclinaciones espontáneas, forzaban un reclutamiento temprano de los jóvenes así como un aumento del número de educandos, conduciéndoles desde edades casi infantiles hacia sus futuros derroteros adultos.

Cosa ésta que no podía hacerse durante mucho tiempo conservándolos a la vez en una situación de artificial dependencia : si se los convocaba a trabajos presentes y a planes de futuro de interés para la marcha de la sociedad, fatalmente habría que reconocerles derechos e ingerencia en la conducción de asuntos que les competían y, más generalizadamente, en el proceso social, aunque al principio sólo se tendiera a exigirles obligaciones y responsabilidades.

El crecimiento de la educación de nivel medio que, respondiendo a las altas tasas demográficas, ha sido notorio en los países del tercer mundo, especialmente en aquellos inspirados por filosofías democráticas de vida, vino a corroborar la participación de los adolescentes en la sociedad. Efectivamente, esa educación les proveyó del instrumental básico para desempeñarse con cierta autonomía y operatividad, aunque muchas veces pudo sospecharse que esos instrumentos no procedían tanto de las escuelas como que los surtía la desmesurada ampliación que en el último decenio alcanzaron los medios masivos de comunicación (cine, radio, soberanamente la televisión) lo que importa un tema de urgente examen vista la imprudencia, cuando no la perversión, con que fueron manejados por muchas de las empresas que los detentan en la mayoría de los países y su violento impacto sobre las conciencias infantiles. Por una u otra vía les vino a estos adolescentes una culturización básica que resultaba provista por órganos sociales y ya no por el entorno familiar ; o sea que se producía un adiestramiento en formas socializadas, que son eficaces vehículos de la modernidad ecuménica o en todo caso de sus centros irradiadores, simultáneo con el distanciamiento respecto a los niveles culturales paternos, lo que acentuaba fisuras familiares.

Cuando un sector de la sociedad ingresa repentinamente al mercado (económico, político, cultural) no sólo pone de manifiesto una modificación operada subterráneamente en la estructura de esa comunidad, sino que paralelamente desnuda problemas propios de su composición sociológica que también habían pasado inadvertidos. Quizás sea necesaria una precisión previa para evitar equívocos. La adolescencia no es una clase social, sino un estado biológico condicionado por la cultura dominante.

Puede ocurrir, no obstante, que la concepción que de ella se haga la sociedad y el comportamiento que adopte respecto a sus manifestaciones, puedan conducirla a reacciones que superficialmente la emparentan a una clase o, más bien, a los modos de insurgencia de una minoría social comprimida. Tales rasgos no podrían disimular la composición social heteróclita de este grupo, pero dentro de él se ha registrado el reforzamiento de estratos sociales nuevos, particularmente en los países en crecimiento del llamado Tercer Mundo, que evidencian el ascenso, por el camino de la educación extendida y de la acción informativa de los medios de comunicación, de una clase baja que hace poco se incorporó a las ciudades partiendo de bases culturales tradicionales de tipo rural o alimentándose de las formas de la cultura de la pobreza.

Esos adolescentes comienzan a avanzar desde las barriadas suburbanas en busca de mejores niveles de vida y tanto como eso en busca de una coparticipación verdadera en el corazón de la sociedad, de la que sus padres se sintieron marginados, integrándose ahora a su dinámica aunque con muy variadas respuestas. No son éstos los adolescentes de clases altas o medias que abastecen las crónicas periodísticas escandalizadas pero también en ellos se ha producido un cambio que si bien no consiste en la incorporación al mercado del trabajo —al que pertenecieron tempranamente desde siempre— sí a las notas específicas que éste adquiere y a la preparación educativa que les reclama, así como a los derechos que entonces adquieren sobre la vida y evolución de la sociedad a la que se integran.

Tal sector no hace sino reforzar la base social de esta insurgencia adolescente confiriéndole amplitud nacional a veces y otras otorgándole una nota de reivindicación social que frecuentemente le faltaba.

Si el peso que esta irrupción adolescente pueda tener sobre el mercado económico (alimentos, vestimentas, diversiones) es todavía

escaso, si su incidencia sobre el plano socio-político comienza a mostrar mayor enjundia al optar por reclamaciones directas o acciones violentas a falta de las eventuales participaciones en partidos organizados, viejos o nuevos, en cambio es realmente importante su ingerencia sobre el plano educativo generalizado de la sociedad: tanto por su crítica muy activa y fatalmente confusa acerca de las estructuras docentes en vigencia como por su crítica a veces acerba de la organización familiar, de sus valores éticos y de su filosofía educativa.

Por encima de ese plano, englobándolo, resulta aún más clara la repercusión que ha tenido sobre la conformación cultural de toda la sociedad: la presencia adolescente ya ha signado cuantiosas creaciones culturales (en música, en artes, en letras, en modas, en costumbres) no limitándose a su sector propio sino imponiendo esas concepciones de vida al conjunto del cuerpo social donde ha llegado a percibirse una veta de imitación de los jóvenes y adolescentes por parte de los adultos.

Si la primera mitad del siglo XIX, signada por el avance de la revolución maquinista, por la remodelación social que acarrea y por el estilo romántico en las artes y en la vida, conoció la primera rebelión de los jóvenes de la historia (tal como la ve Ernest Fischer), bien podemos reconocer que la segunda mitad del siglo XX en que vivimos, marcada por el ingreso a la era tecnológica, a la transformación democrática de la sociedad y al estilo de las vanguardias artísticas, ha elaborado la rebelión de los adolescentes. Ellos han comenzado a ser nuestros contemporáneos y ya no nuestros pupilos; como hace ciento cincuenta años pasaron a serlo los jóvenes de veinte años, independiéndose.

Una cosa es reconocer un fenómeno, midiendo su alcance e importancia, y otra valorarlo. Obtenemos un avance intelectual, es cierto, cuando lo describimos subrayando las fuerzas a que responde e integrándolo en el movimiento general de la sociedad enfrentada a una determinada coyuntura social, económica y científica.

De ese modo podemos descartar antojadizas connotaciones que hacen de la emergencia adolescente un asunto caprichoso, ocasional, efímero, reconociéndolo en cambio como parte o consecuencia de la marcha de una sociedad y de sus principios animadores: esas criaturas son hijos legítimos, aunque « contestatarios » —como dirían los franceses— de la sociedad que han creado sus padres. No significa esto,

desde luego, que resulten aceptables todas sus aportaciones y de obligada convalidación todas las demandas que presentan. Bastaría recordar los efectos que entre ellos ha tenido la adicción a drogas para saber que la ruptura del cascarón en que estaban no ha sido siempre beneficiosa.

Como no pueden volver al cascarón ya que para eso no bastarían encierros y rigores, pues sólo se lo conseguiría nada menos que cancelando la sociedad estatuída por los mayores, es obligatorio enfrentarse a las proposiciones que presentan y examinarlas honradamente.

Las medidas concretas que a consecuencia de tal examen se vayan adoptando derivarán de una toma de posición global que aproximadamente podría expresarse así: aceptemos la incorporación a la vida social de los adolescentes, no meramente como criaturas semi-incapaces necesitadas de tutoría, sino como ciudadanos de pleno derecho, con características tan propias y respetables como las de aquellos que integran otros niveles de la escala biológica u otros grupos sociales o raciales.

Hubo un tiempo —en la primera mitad del siglo XIX— en que así hubo que proceder, venciendo seculares resistencias, respecto a los veinteañeros, muchas veces disfrazados de barbas para disimular esos pocos años que no fueron impedimento sino al contrario acicate para que en la revolución hispanoamericana hicieran zozobrar imperios, construyeran países, educaran poblaciones.

Hoy es hora de proceder en forma similar respecto a los adolescentes que si ingresan con decisión y radicalismo al mundo operativo de los adultos es —quizás— porque intentan justamente la cancelación de esa etapa de la vida humana. El desequilibrio examinado por los psicólogos entre las potencialidades ya existentes en esos años y el freno que a su ejercicio oponen las concepciones educativas, económicas y sociales de los adultos, desequilibrio que tiñe psíquicamente el período púber con sus notas específicas, es el que resulta cuestionado por esta irrupción.

En síntesis podría sospecharse que intentan restablecer en fechas más tempranas, como muchas culturas humanas y como muchas épocas pasadas, la asunción de la toga viril.

Partiendo de la aceptación general, se comprenderá que los graves problemas causados por esta irrupción no pueden resolverse desde

lo alto mediante resoluciones adoptadas por los mayores e impartidas a los adolescentes para favorecerlos, así sean concebidas por perspicaces educadores o instituciones sacrosantas. Un tal ejercicio de despotismo ilustrado iría al fracaso. Estos problemas deben verse con ellos, quienes son parte obligada en su examen y en la elaboración de soluciones.

Pero no solo ellos, dado que su incorporación ha repercutido sobre el cuerpo social, ha hecho trastabillar la vieja estructura familiar, ha desorganizado los sistemas educativos consolidados, ha alterado múltiples hábitos morales o religiosos, ha trastornado el equilibrio social, de tal modo que esa discusión debe ser, otra vez, una reunión de los Estados Generales. Porque no se trata sólo, como tienden a creer con alguna ingenuidad los adolescentes —muy explicablemente posesionados de sus propios conflictos— de una cuestión que les atañe exclusivamente, sino de un problema que compromete a la sociedad toda, tanto por las actuales estructuras alcanzadas como por los proyectos de futuro que genera.

Por último, pueden establecerse algunos puntos de la colmada agenda de ese debate multitudinario, donde habrá temas de ética, de economía, de sociología, etc. y donde no debe faltar un particular examen de la información en el mundo contemporáneo. Ya se ha hecho de manera extensa, con sólida fundamentación, la crítica de las informaciones proporcionadas a los más jóvenes por los medios de comunicación masiva, especialmente en el campo de la moral y de las ideas.

En esa crítica se ha implicado el problema generado por la irresistible participación del adolescente en las informaciones para adultos, las que no pueden ser compartimentadas por la contigüidad en que ambas edades funcionan y por el continuo integrador en que, a diferencia de las instituciones educativas, realizan su trabajo los instrumentos informativos (radios, cine, televisión), aspecto que es contrapartida de una situación anterior por la cual los adultos ya permanecían atrapados en una esfera informativa infantilizada merced a la frecuentación de las formas convencionales del cine y los periódicos, de las síntesis educativas impuestas por la superficialidad del conocimiento en una sociedad de masas, por la utilización de revistas de historietas, etc.

No se trata aquí de analizar el problema general de la televisión que ha patentizado un lenguaje nuevo para la información masiva, pues este asunto ha sido explícitamente considerado en una serie de estudios que van de Adorno a MacLuhan, sino de analizar el modo en que afecta a la formación adolescente, comenzando por reconocer la dificultad para separar este tema particular del referido a la formación de adultos, por las razones anotadas, lo que nos vuelve a remitir a la necesidad de un examen conjunto de todo el tema.

Es decir que, reconocida la existencia y conveniencia de los instrumentos modernos de comunicación, no hay manera precisa, ideológicamente coherente, de resolver su funcionamiento respecto a los adolescentes sin resolver su general funcionalidad para todo el cuerpo social y para las necesidades de un país.

Cosa más necesaria en zonas como Americana Latina donde la contribución de las nuevas generaciones es esencial para el cumplimiento de ingentes planes de expansión y progreso, debiendo asociarlas a la realización de los proyectos nacionales. En esos casos adquiere primacía un plan paralelo, de apoyo, consagrado a la información, exigiendo de ella que sea: primero nacional o regional; segundo moderna; tercero popular; cuarto integradora de la sociedad; quinto transformadora de la realidad.

Abordado desde este ángulo, el problema de la información no parece atender a la especificidad de los pocos años de la adolescencia, ni a la adaptación a niveles mentales, ni a los modos de atracción del mensaje, ni a eventuales sistemas peculiares de valores, aspectos todos verdaderos y respetables, aunque menores respecto a un enfoque global.

Si se ha hecho claro el pensamiento que rige estas reflexiones, se comprende que el tema adolescente queda situado más allá de todo campo restringido y específico, separado de la realidad adulta y mucho menos de la problemática de una sociedad contemporánea enfrentada a un avance acelerado, y, al contrario, se lo inserta dentro de ella.

Si la insurgencia adolescente los incorpora a la vida social, la cual resulta por esa operación contaminada toda y parcialmente modificada, es ésta la que debemos examinar en bloque. Los conflictos adolescentes traducen, con la agudeza de toda insurgencia, los más amplios de nuestro tiempo y sociedad y por lo tanto sólo pueden entenderse a cabalidad dentro de una general regulación de cuentas.